

ENSAYO

FACTORES INCONSCIENTES EN LA DETERMINACIÓN DE CICLOS POLÍTICOS POSDICTADURA EN CHILE¹

(Rev GPU 2016; 12; 2: 142-153)

Niels Biedermann²

Se analiza la evolución política de Chile después de la dictadura desde el punto de vista de fenómenos emocionales inconscientes, observando el surgimiento de dos ciclos con características claramente diferenciadas. El primero estuvo determinado por la elaboración colectiva del trauma de la dictadura, pasando por etapas que fueron estructuradas por este proceso, manifestándose también en la elección de cada uno de los presidentes en ese ciclo, de los cuales cada uno representó simbólicamente la respectiva etapa de la elaboración de esa realidad traumática. El mecanismo de defensa frente a la angustia colectiva presente en ese periodo fue la denegación de una realidad intolerable y la escisión del yo. El segundo ciclo, en que nos encontramos actualmente, es el encargado de diseñar el futuro y se caracteriza por contradicciones que lo hacen poco coherente. Entre los variados factores que determinan esta falta de coherencia se destaca la rapidez de los cambios sociales en el contexto global y nacional contrapuesto a la dificultad de los partidos políticos de incorporar estos cambios a su ideario. Para la izquierda, la protección de su identidad de origen marxista impidió elaborar el cambio emanado de la desaparición del socialismo real (enfrentado nuevamente mediante la denegación) prevaleciendo dentro de ella las corrientes conservadoras. Para la derecha fue el cómodo continuismo de la pertenencia a una tradición elitista y poco inclusiva, persistiendo además en la negación de los eventos traumáticos de la dictadura, lo que contribuyó a mantenerla alejada del sentir mayoritario. Esta persistencia de identidades corporativas ajenas a la evolución de las nuevas representaciones colectivas de la sociedad, con nuevas generaciones fragmentadas entre la apatía política y la adherencia a utopías superadas por la historia, pero simultáneamente realistas en la persecución de sus aspiraciones personales, contribuyó a un progresivo aislamiento de las organizaciones políticas con la sociedad, a la que deberían representar y a un deficiente diseño del futuro.

¹ Nota metodológica: El presente texto es un intento de aplicar algunos elementos interpretativos provenientes de conceptualizaciones psicoterapéuticas a la evolución política de Chile posterior al término de la dictadura militar. Se emplearon conceptos psicoanalíticos correspondientes a algunos mecanismos de defensa y elementos teóricos provenientes de la terapia sistémica, que analiza microprocesos sociales, empleados en esta oportunidad para analizar macroprocesos. Pero el método interpretativo básico fue la hermenéutica: el análisis de procesos sociales complejos al modo de la interpretación de un texto. Básicamente consiste en que un otro (el lector) busca, detrás de lo explícito del texto, elementos ocultos que ayuden a comprenderlo de una forma que va más allá de lo explícitamente expuesto. La interpretación surge de un diálogo entre lector y texto, cuyo resultado es un texto sujeto a su vez a la interpretación por parte del nuevo lector.

² Departamento de Psiquiatría Oriente, Facultad de Medicina, Universidad de Chile. niels.biedermann@gmx.net

Hace algunos años estaba en boga un término, “imaginario colectivo”, que hoy en día prácticamente desapareció de la discusión pública. Nunca fue bien definido, pero hacía referencia a una aspiración generalizada de lograr la materialización de deseos e ideas sobre la sociedad en que se quiere vivir, basada más en lo emocional que en lo racional. El imaginario colectivo, desde el punto de vista filosófico, es un proceso emergente, un elemento nuevo que surge de una convergencia de individuos, transformándose en una propiedad del colectivo, distinta a las propiedades de cada uno de los individuos que lo componen.

Buena parte de este imaginario colectivo guio las acciones colectivas en el curso de la transición hacia la democracia, dejando atrás las traumáticas vivencias individuales impuestas por un aparato represivo que funcionó hasta el último día de la dictadura e incluso después. Este imaginario colectivo señalaba también la dirección de los cambios sociales a que se aspiraba. Existía la clara idea de un objetivo hacia el cual dirigirse. Si hoy en día no hablamos de un imaginario colectivo, probablemente es porque se han ido perdiendo aspiraciones sentidas en forma común por grandes colectivos. La dirección de los cambios a los que aspiramos parece haberse fragmentado, diluyéndose en reivindicaciones parciales e inmediatas.

Hubo un ciclo en la evolución política posdictadura, en que este imaginario colectivo se hacía presente, entre otras cosas, a través de un fenómeno que ha evolucionado con tal lentitud, que incluso ha resultado difícil de percibir. Se trata de la elaboración colectiva del trauma social que trajo consigo la dictadura, de la que trataré de destacar algunos hitos.

ELABORACIÓN COLECTIVA DEL TRAUMA DE LA DICTADURA

No solo los individuos, también los cuerpos sociales reaccionan frente a los eventos traumáticos que los afectan. La polarización del país durante la Unidad Popular, en que algunos sectores sintieron amenazadas las bases de su existencia, y la posterior crueldad de la represión durante la dictadura contra otros sectores, condicionaron experiencias límites. Nadie de aquellos identificados con la Unidad Popular estuvo ajeno al miedo frente al actuar de los organismos represivos de la dictadura, la tenebrosa DINA primero y la CNI después. Condiciones extremas producen modificaciones conductuales al margen de la voluntad del afectado. Para los opositores a la dictadura que supervisaron la votación de la constitución de 1980 resultó impactante la actitud sumisa y derrotada con que buena parte de la

población concurrió a marcar su aprobación, presa del temor y la derrota. No cabe duda que incluso una gran cantidad de opositores a la dictadura aprobaron con su voto esa constitución. El terror había logrado su objetivo al ser internalizado.

Un trauma es un evento, o secuencia de acontecimientos, que por la fuerza de su impacto sobrepasa la capacidad de integrarlo a las experiencias normales de la vida. Así como un hueso se fractura al recibir un impacto que sobrepasa su resistencia, también el alma puede sufrir fracturas y necesitar un tiempo para repararse. Todo proceso de reparación requiere de varias etapas.

Un evento traumático severo en general produce un impacto que en primera instancia no puede ser incorporado por la psiquis a la continuidad biográfica. Una vez concluida la secuencia traumática, quedan secuelas. Durante mucho tiempo las experiencias traumáticas no pueden evocarse sin generar fuerte angustia. Un mecanismo psicológico para defenderse de esta angustia ha sido descrita por Freud con el término alemán de “Ungeschehenmachen”: “hacer como que no hubiera acontecido”. Es el intento de simplemente borrar los acontecimientos traumáticos de la mente. Ojalá para siempre. Solo que no resulta, ya que sus consecuencias siguen estando ahí, aunque inconscientes.

Freud utilizó el término “Ungeschehenmachen” (traducido al castellano como “anulación retroactiva”) en un contexto asociado a traumas fantaseados y no a los traumas vividos en la realidad. El término usado por Freud para denominar un mecanismo de defensa contra la angustia que provocan las experiencias traumáticas reales fue “Verleugnung”, en castellano “denegación”. El Ungeschehenmachen es una forma de denegación.

El “hacer como que no hubiera existido” una realidad equivale a negarla. Pero no se la puede negar enteramente, puesto que existió y sus consecuencias siguen estando presentes. En la denegación aparece entonces una dualidad: se hace como que lo que sucede no sucede y al mismo tiempo se sabe que existe, como parte de la realidad en que se vive. Para lograr esto: negar y no negar simultáneamente, el yo (la conciencia misma) se divide en dos: una parte niega la realidad y la reemplaza por lo que le gustaría que fuera; la otra la acepta, pero no entra en diálogo con la contraparte que la niega. Esta situación lleva a que la persona escindida a veces sea una de sus partes y después la otra, pero no logra constituirse en la unidad integradora de los dos aspectos.

Negarse a percibir una realidad demasiado traumática para tolerarla, es un mecanismo de defensa interno, pero este mecanismo interno fue reforzado por un mecanismo externo, impuesto por la dictadura

desde su comienzo, que es la mistificación. La mistificación consiste en que la realidad no solo es negada, sino reemplazada por otra, por una realidad ficticia, que es impuesta como verdad oficial. La mistificación se impone a través del poder sobre la información. En última instancia a través del poder sobre el control social en general. Se produce una divergencia, en general oposición, entre lo que se percibe y lo que se debe creer. Validar las propias percepciones y comunicarlas se transforma inmediatamente en un acto subversivo que es castigado.

La mistificación ya comenzó imponerse a través de los primeros bandos transmitidos por los medios de comunicación social, controlados por la dictadura inmediatamente después del golpe militar. En uno de los primeros textos se dijo que no había vencedores ni vencidos. Simultáneamente, se comenzaba con la masacre de los vencidos. Con los detenidos del Palacio de la Moneda en el día del golpe mismo se inauguró la práctica institucional de la detención y desaparición de personas. Los detenidos-desaparecidos, que por años pasaron a ser los “presuntos desaparecidos”; a cuyos familiares, que preguntaban angustiados por su destino, se les decía que “ya estarán con alguien (amante) en el extranjero” (este comentario se escuchó en forma repetida por parte de los efectivos militares a cargo de recibir a los familiares, de modo que solo se puede pensar que obedecían a una instrucción), en la realidad oficial simplemente no existían.

Esta misma tergiversación de la verdad perseguía transmitir, a toda consecuencia de sus inventores, un doble mensaje, en que se decía, simultáneamente a dos niveles:

1. Lo que la prensa extranjera dice no existe, es una mentira, producto de la “campaña antichilena del comunismo internacional”.
2. Lo que le espera a cualquiera que se oponga activamente a nosotros, es algo tan terrorífico, que preferimos tapanlo con un manto oscuro, debajo del cual también ustedes van a desaparecer si hacen lo mismo.

En la comunidad de los perseguidos, que en el caso de Chile era un amplio porcentaje de la población, se expandió el temor frente a lo inefable, a lo que no podía ser simbolizado en forma concreta. Se extendió un mundo fantasmático en que los detenidos desaparecidos deambulaban en territorios desconocidos desprovistos de memoria, de orientación y sin contacto con el mundo exterior, mundo al cual cualquiera que se opusiera a la verdad oficial iba a ingresar igualmente.

El mundo más seguro, en el cual se podía vivir a partir del golpe, era el de la verdad oficial. Aunque lo que se percibiera fuera algo totalmente contrario a ella.

En una etapa posterior, los aspectos denegados poco a poco cedieron su lugar a hacer más consciente el daño. Cuando el trauma ha sido inferido por otros seres humanos mediante tratos crueles y degradantes, junto al daño también se evocan los sentimientos de haber estado inerme, desvalido, degradado y humillado. Lo que primero hay que recobrar es la propia dignidad. La rabia, la rebeldía y el deseo de justicia son la forma normal de recuperar la capacidad de autoafirmación y de volver a ocupar espacios de acción. “Ya no debo temer, ahora puedo actuar”.

Un tercer movimiento consiste en la aceptación del daño, poder mirar lo que se ha perdido y sufrido, la capacidad de identificar la propia condición de víctima de un daño y la necesidad de reparación y reivindicación. Lo que se busca no es la identificación con los aspectos destruidos y dañados, sino la capacidad de sobreponerse y de resurgir transformando los sufrimientos en enriquecimiento personal y en nuevas fuerzas.

Tratemos de traducir este proceso individual de elaboración de un trauma a la evolución social desde el fin de la dictadura.

La elección de Aylwin, como primer candidato de la transición, fue una decisión política inteligente y exitosa, que obedeció a las necesidades del momento y que fue producto de una adecuada evaluación de la realidad.

Pero la gran popularidad de Frei Ruiz-Tagle, quien fue el siguiente candidato después de Aylwin, resultó sorpresiva, dada su reducida capacidad carismática y su poco liderazgo político previo. En realidad, si prescindieramos de su apellido, en ese momento el candidato podría haber sido cualquier otro. No cabe duda que el nombre del padre “Eduardo Frei” fue fundamental en el imaginario colectivo y resultó ser determinante, tanto para la selección del candidato como para el resultado de la elección. En ese momento incluso se registraron indicios de confusión emocional entre el hijo y el padre. Volver al padre significaba borrar el lapso entre los dos Frei y con ello hacer desaparecer la totalidad de los eventos traumáticos, así como su recuerdo. Era “hacer como que no hubiera acontecido”, tal como es el mecanismo inconsciente descrito por Freud.

Si bien la elección de Ricardo Lagos tiene una coherencia con una trayectoria durante la cual él progresivamente fue ganando en influencia, también podemos ver en ella una correspondencia a esta secuencia de elaboración de vivencias traumáticas. Todos conocemos el impacto del “dedo de Lagos”, aquel

gesto con el cual desafió al jefe de gobierno en plena dictadura, y que fue vivido como un gesto de reivindicación personal por muchos. Una vez que se supera la parálisis inducida por el temor aparece la capacidad de organizarse detrás del personaje que desafía al opresor, adquiriendo en este contexto el carácter del héroe, que muchos desearían haber sido. Es la reafirmación pública de la lucha contra la opresión para quienes se sintieron aplastados por ella.

Más sorprendente aún que la aparición de Frei hijo resultó ser la génesis de la candidatura de la posterior presidenta Bachelet (en su primer periodo). En este caso esa candidatura se gestó inicialmente al margen de todo esfuerzo de ella por lograrla y tal vez hasta para su sorpresa. Una progresiva popularidad en las encuestas fue lo que la situó en la candidatura primero y en la presidencia después. Si aplicamos a ella el razonamiento de la elaboración de un trauma colectivo, hay que analizar la representación simbólica relacionada con ella en ese momento. Hija de un general en jefe antigolpista, muerto como consecuencia de la represión política, detenida ella misma en uno de los centros de tortura del gobierno militar, médico, actitud llana y cercana a las vastas clases medias y populares del país, accedida a la política sin parecer ambicionarla, parecía haber emergido de en medio de todos aquellos, que en mayor o menor grado se sentían víctimas de la dictadura y que ahora se sentían con fuerza como para poder elegir a uno de ellos que pudiera representarlos como jefe de gobierno. Se trata del reconocimiento de los daños sufridos y del proceso de su reparación.

Podemos identificar en esas tres elecciones presidenciales entonces un equivalente colectivo en estas tres fases de elaboración del trauma: primero un intento de borrar los acontecimientos traumáticos, negando su acontecer, aún demasiado próximo como para tolerarlos y aún demasiado embebidos por el miedo de su posible repetición. Segundo: recuperado el valor y la capacidad de enfrentarse a las vivencias de opresión y humillación, la identificación con una postura de desafío y enfrentamiento, la recuperación de la fuerza para iniciar un nuevo camino. Tercero: la reivindicación de la condición de víctima de daños y su reparación colectiva. La sociedad acoge en su seno a los que sufrieron los daños, los reivindica y reincorpora a los espacios perdidos.

Esto, por supuesto, no puede ser representativo para la totalidad de la sociedad. Existe un porcentaje de la población que vivió la instauración del Gobierno Militar como una liberación de los temores que les tocó sufrir durante el periodo de la Unidad Popular, que por lo tanto nunca tuvo una experiencia traumática durante la dictadura, más bien lo contrario. Otro grupo sufrió

un impacto traumático que demorará generaciones en ser reparado. Otros pudieron haber tenido variadas motivaciones en la selección de su mandatario, ajenas a lo expuesto. Pero sin duda existió un grupo poblacional –partícipe de la experiencia traumática colectiva– lo suficientemente amplio como para determinar el curso de los acontecimientos políticos.

El estilo de los respectivos gobiernos resultó además bastante congruente con las motivaciones de su selección. Frei mantuvo un estilo de gobierno en que el personalismo estuvo poco presente. Tampoco la ideología, en un momento de una profunda ideologización de las posturas políticas, cosa que frustró a sectores de izquierda y tranquilizó a la derecha. Sin embargo fue justamente esto –apaciguamiento de la derecha y disminución de los temores del electorado de izquierda– lo que permitió que un socialista de claro perfil de desafío a Pinochet pudiera imponerse en la próxima contienda electoral.

Ricardo Lagos, en cambio, impuso un estilo de clara presencia personal, transmitiendo la impresión de estar constantemente en control de las situaciones y de impulsar al país a la integración internacional, tanto a través de tratados de libre comercio como a través de la modernización e innovación tecnológica. En lo ideológico logró –con un equilibrio entre las sensibilidades demócratacristianas y del área socialista– la mantención de una identidad claramente definida de la Concertación frente a la Alianza. Su estilo fue tan directo como su dedo.

Otro fue el estilo de gobierno de Bachelet, que se caracterizó por el énfasis en la protección de los más desprotegidos, por dirigir la atención hacia los abandonados por el neoliberalismo. Su estilo de apariciones públicas fue de llana cercanía con aquellos que podían identificarla como a uno de sus iguales. El aplastamiento por una autoridad despiadada parecía haber desaparecido. Finalmente se había reparado no solo la opresión por el poder, sino también la desigualdad de las relaciones de poder. Aquellos que habían sido oprimidos por la dictadura finalmente habían accedido simbólicamente a la máxima autoridad.

VALOR SIMBÓLICO DE LOS CANDIDATOS

Volviendo al significado que este ciclo tiene en cada elección, apunta a que se podría identificar un significado emocional oculto en la percepción de los candidatos, que no solo se relaciona con sus rasgos personales, sino también con los anhelos y las angustias colectivas al momento de la elección. Desde ese punto de vista, la misma persona, en otro momento, ya no encarna lo

mismo, porque se encuentra con otro imaginario colectivo. Su representación simbólica es otra y para tener éxito debe haberse identificado con las nuevas expectativas del público al que se expone. Lo paradójico es que en esa nueva situación sus logros anteriores solo tienen un lugar relativo. Mal que mal, a pesar de que una y otra vez se es gobernado por las realidades, siempre se vota por las ilusiones.

Dentro de este contexto, al ser nuevamente candidato en una elección posterior, Eduardo Frei hijo se encontró con dos factores en contra, que no dependieron en absoluto ni de él ni de su desempeño anterior. El primero fue que la significación simbólica de su elección anterior había dejado de existir. El segundo consistió en que se enfrentó a un ciclo determinado por un inconsciente político enmarcado en un amplio ciclo, que había terminado por concluir durante el primer gobierno Bachelet.

Los elementos que en ese momento apuntaban a que nos encontráramos en un momento de cambio de ciclo fueron tres:

1. La no transferencia de la popularidad de la presidenta al sucesor de su proyecto,
2. La repentina gran popularidad de un candidato sin trayectoria política previa, como fue el caso de Marco Enríquez Ominami. Se constituyó como el símbolo de lo nuevo y diferente, presente como búsqueda y necesidad en la mente de los votantes.
3. La falta de percepción, dentro de las filas de la concertación, de las transformaciones que se habían extendido al interior de la sociedad. Ya no era prioritario el núcleo organizador del proyecto previo que consistía en el restablecimiento de la democracia, de las libertades civiles y, sobre todo, del triunfo sobre los opresores con la desarticulación del régimen militar y sus secuelas. Mucho de esto ya se había logrado y ahora había nuevos desafíos. Aunque no resultara del todo claro cuáles eran estos nuevos desafíos,

En este contexto, también Sebastián Piñera fue percibido como una alternativa frente a la oferta de un continuismo, cuya misión principal parecía haber concluido.

SEGUNDO CICLO: LA INCIERTA ORIENTACIÓN AL FUTURO

La elección de Sebastián Piñera fue el resultado de una evolución social que finaliza con el primer gobierno Bachelet, dando comienzo a otro ciclo determinado por

otras expectativas y aspiraciones. El segundo ciclo no comenzó porque Sebastián Piñera fuera elegido, inaugurándolo, sino todo lo contrario. Sebastián Piñera tuvo la posibilidad de ser elegido, porque el primer ciclo había concluido (pero además por haberse desmarcado públicamente de aquellos aspectos del pasado, por los cuales la derecha rechazaba toda responsabilidad, pero que el electorado continuaba teniendo presente).

Mientras el análisis del primer ciclo se centra en un factor cohesionador proveniente del pasado: la elaboración del trauma de la dictadura y la selección de los liderazgos que ayudaron a superarla, el análisis del segundo ciclo debe ser encarado desde una perspectiva opuesta: tratar de identificar aquellos factores que contribuyen a entorpecer la consolidación de un proyecto futuro.

Hasta ahora, en ninguno de los dos gobiernos del segundo ciclo se ha consolidado un diseño de proyección futura con el cual la mayoría del país se haya logrado identificar y mucho menos entusiasmar. La ciudadanía aparece reaccionando con disgusto, frustración, pero también con desconcierto y confusión. Estos sentimientos tampoco se traducen en la elaboración de nuevos conceptos, sino que permanecen como tales: sentimientos que llevan a reacciones inmediatas. Los recursos conceptuales para interpretar la situación presente parecen no estar funcionando.

Lo que si apareció, en sustitución del anterior factor cohesionador, es un abanico de aspiraciones y expectativas diversas, con poca claridad en cuanto al camino de su realización.

Se agrega el divorcio entre políticos y ciudadanos manifestado a través del desencanto por la política. Hubo un cambio en la sociedad civil con gran dificultad de los partidos políticos de ponerse en sintonía con ese cambio y guiarlo.

En la descripción del primer ciclo nos centramos en las fuerzas que cohesionaron un proceso. En la descripción del segundo ciclo nos vemos obligados a enfocarnos en lo contrario: la identificación de las fuerzas que –al interior de las organizaciones políticas– actúan en contra de la percepción del cambio social, impidiendo la sintonía con la polis y contribuyendo al divorcio con ella.

El segundo ciclo se caracterizó por la incorporación de dos factores nuevos:

1. Cambiaron los actores. La generación que se hizo presente ya no es la que ha vivido conscientemente el golpe y todas sus consecuencias en el curso de la dictadura. Las que ahora se hicieron presentes fueron las generaciones que le sucedieron.

2. La estructuración proveniente de la necesidad de superar el pasado dejó de ser lo determinante, dando lugar a la tarea de construir el futuro.

El futuro es algo que está abierto y aún no terminado, exige en primer lugar un diagnóstico adecuado de la realidad social y económica actual, exigiendo enfocar la realidad actual con prescindencia de distorsiones provenientes del pasado. Un diagnóstico de este tipo exige un proceso previo de reflexión creativa, que aporte y ordene los datos a analizar. Si esto no se hace, surge la confusión tanto nivel racional como emocional.

a. La evolución de la ciudadanía

Si el primer ciclo terminó en forma ordenada, el segundo parece seguir una línea caótica: alta popularidad de la presidenta que clausura el primer ciclo y simultánea preferencia por el candidato la oposición, oposición que gana la presidencia por primera vez desde el fin de la dictadura. Luego una fase de castigo en las encuestas de ese mismo candidato ahora presidente, para remontar el final de su mandato, seguido de gran votación de la candidata de centro izquierda, dando lugar luego a una debacle política acompañado de encuestas desastrosas, al poco de echarse a andar un ambicioso programa de reformas que aparentemente fue apoyado en la elección de esa misma candidata por la ciudadanía que ahora la repudia.

Darí la impresión que esa ciudadanía no supiera para dónde va.

Una interpretación alternativa sería, sin embargo, que la ciudadanía sí lo sabe, pero los políticos ignoran cómo interpretar sus anhelos y están divorciados de ella.

Para entenderlo, bien vale focalizarse en las diferencias entre la generación del golpe y la generación actual:

a.1 *La nueva generación*

Como toda nueva generación, también la generación que protagoniza el nuevo ciclo es producto de la realidad en la que le tocó crecer y el contexto, no solo del país, sino también del mundo en que se inserta. La nueva generación no solo se ha desinteresado por la política en general, también su pertenencia a orientaciones específicas son más débiles y la tradicional diferencia entre izquierda y derecha parece encontrarse en proceso de dilución.

Desde el punto de vista económico se ha buscado caracterizar al cambio de actitudes hacia la política a

través del surgimiento de una clase media emergente, preocupada de la consolidación de sus logros. Quere-mos llamar la atención sobre dos factores adicionales que constituyen un cambio cultural:

- a) Las consecuencias de la emergencia de redes de comunicación
- b) La progresiva transición de la cultura de la dependencia hacia búsqueda de la autonomía

No se debe olvidar el acceso a enormes posibilidades de información y comunicación, ahora posibles a través de un clic en la pantalla del computador, con la constitución de redes de contacto que trascienden fronteras, llevando a vivencias cotidianas de una diversidad y relatividad de las perspectivas. Una consecuencia de esto es la ampliación del espacio personal en reemplazo a la incorporación a grandes colectivos. Estos últimos se ven substituidos por la formación de una multiplicidad de colectivos personales, de tamaño y composición fluctuantes, generados por la ampliación de los contactos personales a través de las redes de comunicación. Se parecen más a colectivos tribales, en que está presente el contacto personal. Pero a diferencia de las sociedades tribales, delimitadas entre sí por fronteras más o menos rígidas, estos colectivos personales actuales también están interconectados entre sí, en permanente reorganización y con un flujo constante de nuevos focos de atención, más la ineludible aparición de alianzas y rivalidades. Esto configura un cambio cultural, al cual le resulta ajeno el sometimiento a una autoridad central lejana, de la cual se está desconectando y sobre la que no se tiene influencia directa.

Por otra parte Chile, al igual que el resto de América Latina, desde sus orígenes se fundamentó en una cultura basada en la dependencia. Dependencia del rey de España originalmente, a través de la estructura administrativa del reino, que fomentaba directamente una relación de fuerte dependencia (a diferencia de la América Británica), y posteriormente el establecimiento de una economía agraria con una amplia población empobrecida en relación de servidumbre con la aristocracia económica terrateniente y poca movilidad social. La respuesta a la preocupación por los pobres era darles lo que necesitaban. El desarrollo de organizaciones estatales que proveyeran educación, salud, viviendas, aportes económicos directos, etc., sin duda fue un gran avance, pero no cambió fundamentalmente la estructura de dependencia. Una dependencia internalizada fomenta la pasividad y debilita la responsabilidad sobre sí mismo. La urbanización de la población, la diversificación de nuevas ocupaciones por el desarrollo

tecnológico y la expansión de la liberalización de la economía fueron modificando esta cultura de la dependencia introduciendo aspiraciones a un desarrollo más autónomo, en que, más allá de una recepción pasiva de beneficios, lo importante es la oferta de oportunidades para ejercer esta autonomía. Sobre todo, porque en una cultura de la dependencia los dependientes deben aceptar que el poder central tome las decisiones por ellos. La generación actual quiere tomar sus propias decisiones dentro del ámbito en que se mueven y que los afecta directamente. La influencia sobre las grandes directrices del poder central en general les importa poco, salvo cuando a ese nivel se toman decisiones que los afectan directamente.

a.2 Diferencias con la Generación del Primer Ciclo

La generación, que con su acceso al gobierno determinó el primer ciclo posdictadura, a diferencia de la generación siguiente, había visto su realización personal en la inserción en amplios movimientos sociales que iban a lograr un cambio global de la sociedad entera. Este objetivo ameritaba los sacrificios que imponía el esfuerzo por lograrlo; estos sacrificios por el bien común eran vistos como una necesidad ética. Era el compromiso por causas sociales lo que limitaba el espacio que quedaba para las realizaciones personales. Lo social predominaba sobre lo individual y lo determinaba. La diversidad de la sociedad se plasmaba en una estructura de clases injusta, que debía ser derribada y sustituida por un orden igualitario más justo que hiciera desaparecer esta diversidad, que era concebida como expresión de la inequidad. Las organizaciones para lograr estos cambios revolucionarios, sentidos como una tarea histórica, tenían que estar fuertemente cohesionadas, compartir el mismo ideario y alinearse detrás de una autoridad central.

Esto difiere en forma importante de la generación del segundo ciclo. Como ya mencionamos, las decisiones se conciben como un conjunto de opciones individuales, la diversidad surge en forma espontánea y es valorada, lo social es visto como resultado de consensos individuales, las libertades individuales son vistas como el estado natural de las cosas y el compromiso social pasa a ser una decisión personal que puede ser asumida o no. La incorporación a tareas históricas fue reemplazada por la absorción por un continuo presente y la memoria histórica se reduce a pocos años.

El contexto de la generación del primer ciclo era la guerra fría, con un mundo dividido en proyectos sociales definidos como la oposición entre izquierdas y derechas. La derecha era conservadora y buscaba

mantener el *statu quo*. La izquierda se entendía como instrumento del progreso a través del cambio revolucionario. Mientras en Europa occidental estos cambios se habían plasmado en la expansión de la socialdemocracia, en América Latina siguieron ligados a la utopía de una sociedad igualitaria e inclusiva concebida por Marx y sus seguidores. Si bien las estructuras de poder fuertemente centralizadas y controladoras del socialismo real eran vistas de forma crítica, de todos modos la existencia de ese socialismo real le daba un contenido de realidad a esa aspiración de transformación social. Se iba en esa dirección, y además se iban a corregir sus evidentes deficiencias. Con el derrumbe del socialismo real en la Unión Soviética y Europa del Este, la evolución hacia el pragmatismo en China, el fracaso de la estrategia revolucionaria cubana para el subcontinente y, más marginalmente, la transformación de Corea del Norte en dinastía hereditaria, esta utopía perdió su base de realidad. Dejó de dar lugar a movimientos de masas, pero quedó entre el consciente e inconsciente de la izquierda.

Al haber desaparecido el socialismo real como referente orientador y haberse diluido el concepto de ideologías originadas en sistemas filosóficos que consideraban ser verdades últimas y definitivas, a la generación del segundo ciclo le resultaron bastante más lejanas las ideologías globalizantes. Esto la hace ser mucho más heterogénea en sus aspiraciones y esperanzas.

Si para la generación del ciclo anterior la diferencia entre izquierdas y derechas se caracterizaba por una profunda pertenencia grupal, enmarcada en estratos socioeconómicos rígidamente separados y sin mucha movilidad social, traducida en tradiciones familiares que las perpetuaban, y en la cual la transición de una opción política a otra se acompañaba de una sensación de traición, esto ya no parece valer de la misma manera para la generación actual. La inclinación por Sebastián Piñera seguida por la elección de Michelle Bachelet habla a favor de esto. Esta tendencia a elegir desde una perspectiva de observador, considerando a las distintas opciones políticas como parte de un menú, parece haberse acrecentado aún más en la generación de los nietos posdictadura, la generación acostumbrada a moverse a través del menú del internet, estudiando la diversidad de ofertas.

Más allá de eso, esta nueva generación ha creído en medio de una nueva realidad determinada por el neoliberalismo y –en sentido más amplio– de la posmodernidad. Esta realidad impone valores que se centran en aspiraciones por triunfar a través de logros individuales. Esto no debe ser mirado desde el punto

de vista valorativo, de si es bueno o malo, sino desde la perspectiva de la incorporación a una nueva realidad fáctica. El movimiento estudiantil, la llamada “rebelión de los pingüinos”, fue visto como una recuperación de los antiguos valores sociales colectivos. Sin embargo la evolución posterior fue mostrando otra cosa. El movimiento estudiantil se fragmentó y diversificó. De hecho, no persistió una adherencia a los antiguos movimientos políticos, sino que surgieron organizaciones nuevas, que se entendieron como fundamentalmente anti sistémicas, predominando la posición “anti” sin ninguna claridad sobre el “pro”. El “pro” se terminó focalizando en la demanda de derechos. Pero ya no era el mismo tipo de derechos de la generación del golpe. Los derechos colectivos que parten de un concepto global de sociedad contienen un sentido de responsabilidad por el cambio social y con eso fundamentalmente un sentido de responsabilidad por los otros. Se pensaba y sentía que se luchaba por los derechos de los otros, que eran el contenido central de “la causa”, que demandaba que las aspiraciones individuales pasaran a un segundo plano.

La expansión posmoderna del individualismo fue transformando el concepto de derechos en derechos individuales. Ya no se defienden los derechos de los otros, sino los del propio grupo y en última instancia los propios. Los sentimientos de solidaridad y –sobre todo– de responsabilidad se fueron diluyendo. Aunque el contenido de las demandas pareciera ser social, ya habían pasado a ser parte del proceso de individualización de las aspiraciones.

b. La Evolución de las organizaciones políticas: Contenido y proceso

Esta transformación social que hizo surgir rápidamente una nueva generación con nuevas aspiraciones se enfrenta a partidos políticos que han cambiado poco, conservando la adherencia a ideas que fueron construidas a partir de contingencias existentes hace muchas décadas. Los partidos tienen una dinámica interna, que tiende a la inercia, la que describiremos brevemente.

En el mundo de la política coexisten dos fenómenos, que deben ser diferenciados uno del otro. Por un lado se trata de su ideario, que constituye el contenido, y por otro lado la lucha por el poder, que es el proceso destinado a llevar a la práctica ese ideario.

b.1 El contenido

Las organizaciones políticas necesitan un tiempo para elaborar el proceso interno de construcción de su identidad. Una vez establecidas las características básicas

que definen a los militantes como miembros de un mismo grupo, estas tienden a perpetuarse. La identidad de un partido consiste en la proposición de un modelo de sociedad a mediano y largo plazo. Ese va a ser su espíritu. Al compartir ese espíritu sus militantes adhieren a una visión de mundo, que no solo es producto de un análisis racional de lo observado, sino que también hace surgir un componente emocional, propio de toda conformación de grupos de pares. Por eso, en una discusión política entre adherentes a partidos diversos nunca nadie logra convencer al otro, ya que los argumentos que se usan son racionales y la identidad política termina siendo emocional, tal como en las religiones. Esto obliga a los partidos –una vez establecida su identidad– a ser conservadores a través del tiempo, tanto para seguir siendo un referente para los adherentes como para mantener su cohesión interna. Proposiciones de cambios generan conflictos y estos amenazan la cohesión, por lo tanto son evitados. Para adaptarse al cambio, en general se necesitan crisis. La máxima flexibilidad la muestran los partidos recién cuando una crisis amenaza la continuidad de su existencia. A veces esto sucede solo cuando ya es muy tarde.

Cuando la realidad externa cambia aparece un problema para el conservadurismo. Cuando esta cambia muy rápidamente el problema se extrema. La base ideológica de un partido suele transformarse rápidamente en una especie de mito fundacional que posteriormente se ritualiza. La adherencia a los ritos fundacionales es parte de la estructura –y por lo tanto, de la estabilidad del partido. Todo cambio podría transformarse en una catástrofe para la estabilidad interna de la organización (partido). En vez de adaptar la ideología a la realidad, resulta menos conflictivo interpretar la realidad con base en la ideología.

Lo que no se corresponde con la ideología, o se ignora o se descalifica. En una situación de cambios rápidos los partidos suelen quedar por detrás de la realidad que vive la polis, divorciándose de ella.

b.2 El proceso

Existe un segundo punto que puede perpetuar y amplificar este divorcio. Se trata del proceso que se debe seguir para que el ideario político pueda llevarse a cabo. Este proceso consiste en la lucha por el poder a través del posicionamiento de la organización política dentro los órganos de decisión de la sociedad. Es precisamente lo que constituye la cotidianidad de las organizaciones políticas. Sin este proceso de lucha por posiciones de poder jamás podría concretarse la puesta en práctica de la concepción de sociedad que representan. Para

que esta concepción se lleve a la práctica, se necesita el poder de transformarla en realidad. La lucha por este poder es un proceso que vale tanto para el partido en su conjunto como para los individuos que lo componen, llevando a cada cual a un mayor o menor grado de rivalidad con todos los demás, en cuanto a la posición de poder que quieren alcanzar. Ambos puntos, el primero, el del ideario compartido y el segundo, el de la lucha por el poder, contienen una contradicción entre sí. El primer punto es algo que une, que congrega, y el segundo, en cambio, es algo que separa, al imponer la rivalidad permanente.

Si el ideario de una organización política se debilita o se vacía de contenido, lo que queda es la lucha por el poder. Un ideario que no se renueva y no se adapta a la realidad presente y consecuentemente deja de estar en sintonía con la polis, se vacía de contenido. En esas circunstancias, automáticamente la labor política termina por centrarse principalmente en los objetivos particulares de los políticos. Los contenidos programáticos de transforman en pseudocontenidos, usados para el mantenimiento de las estructuras de poder al servicio de intereses individuales. En algún momento la ciudadanía observa las luchas de posicionamiento en el poder de los políticos como algo ajeno a sus intereses, concretándose este divorcio entre políticos y polis. Pareciera que en Chile nos estamos acercando a esta situación.

Si bien la identidad de un partido político se constituye históricamente a través de una multiplicidad de factores, en el Chile posdictadura se pueden delimitar algunos factores básicos para derecha e izquierda. En líneas generales, la izquierda se homologa a los estratos populares, la derecha a los grupos dominantes y el centro a la clase media. Actualmente esta adscripción ya no resulta clara, debido a una diversificación de las antiguas clases sociales en subconjuntos que surgen de la evolución técnica que complejizó las relaciones de producción. Pero en Chile existe un fuerte factor emocional que define la pertenencia a izquierdas y derechas (en plural): consiste en identificarse con los vencedores o los derrotados del golpe y pertenecer a las familias y grupos de pertenencia que sufrieron el destino que les impuso ese quiebre. Se trata de un hecho histórico que exacerbó en forma importante la carga emocional que le es propia a las pertenencias políticas. Esta carga emocional, que refuerza la identidad por oposición al contrario, también puede transformarse en un obstáculo a un manejo eficiente de una realidad sometida a un proceso de cambio acelerado.

Este obstáculo se manifiesta en forma distinta para derechas e izquierdas.

b.2.1 EVOLUCIÓN DE LA DERECHA

La derecha no necesitó nuevas propuestas después de los cambios radicales en el diseño de la economía –y las relaciones sociales necesarias para sustentarla– impuestas después del golpe militar. Incorporaron rápidamente un modelo económico que se estaba expandiendo por el mundo. Al triunfar la oposición a la dictadura y al comenzar los gobiernos de la Concertación se heredó este esquema, el que de alguna manera fue humanizado y desarrollado. La derecha por lo tanto nunca vio seriamente atacados sus intereses. No se cumplió su temor inicial de que surgiera una venganza por las atrocidades cometidas durante la dictadura. Los crímenes inicialmente clasificados solo de excesos fueron después adjudicados exclusivamente a los militares, por lo tanto ajenos a la responsabilidad de la derecha política. Como la base del programa de la derecha era el nuevo modelo económico, tampoco era necesario reflexionar sobre un modelo social que integrara en su concepto a todos los sectores.

Sin embargo, el primer gobierno de la derecha desde el fin de la dictadura no cuestionó las reformas sociales de la Concertación, tendientes a la construcción de un estado de bienestar. Incluso las amplió en algunos aspectos.

Esto le valió el gobierno de Piñera la crítica, desde la derecha, de haber sido un quinto gobierno de la Concertación, mientras que la izquierda opinaba que la Concertación había sido una secuencia de gobiernos de derecha.

Pero lo que la derecha nunca hizo fue tomar posición frente a los crímenes de la dictadura, ni cuestionar su posición elitista tradicional, llevada al extremo durante la dictadura. Cuando ya no pudo ocultar los crímenes, los banalizó, cuando ya no pudo banalizarlos, los atribuyó a otros, y cuando ni siquiera eso resultó, se mantuvo en silencio. En este sentido, su mecanismo de defensa frente al conflicto con la realidad fue la negación. Es un mecanismo de defensa mucho más simple que la denegación, porque la amenaza que se enfrenta no es ni traumática ni amenaza la identidad. En términos simples equivale a decir: “es mentira” o “yo no fui”. Que el único candidato de la derecha que triunfó después de la dictadura tuviera que desmarcarse explícitamente de la dictadura no es un detalle colateral. El repudio a estos crímenes parece seguir siendo un sentir mayoritario de la ciudadanía, a pesar de estar atenuándose como producto del paso del tiempo, con lo cual la denegación fue desapareciendo, dando lugar a una reconstitución de la verdad histórica.

Pero, más allá de eso, la derecha tampoco sintió la necesidad de elaborar un modelo de desarrollo que

entrara en sintonía con la mayoría de la sociedad no perteneciente a las elites socioeconómicas, transmitiendo la impresión de que bastaba con que les llegara una mayor cantidad de sobras de las mesas de los ricos. (No es exactamente así pero siguieron transmitiendo esa impresión.) Con esto se impuso una división de tareas, en que la derecha parecía ser la encargada de la generación de riquezas, reteniendo el mayor porcentaje para los grupos productivos dominantes, mientras la izquierda quedaba a cargo de la distribución, sin preocuparse mayormente de la producción.

El gobierno Piñera fue económicamente exitoso, promulgando además nuevas leyes de protección social, pero no logró diseñar un proyecto de desarrollo futuro con el cual la ciudadanía se sintiera identificada. En este sentido la derecha se mostró incapaz de superarse a sí misma. En este momento, eso parece estar cambiando. Al sentirse desplazada, en la derecha comenzó a surgir una preocupación por la falta de reflexión sobre lo que podría proponerle a la sociedad y están apareciendo publicaciones que buscan suplir este vacío, junto a la conformación de nuevas agrupaciones políticas. Un resurgimiento de la reflexión, desde el lado que fue, debe ser valorado en forma positiva en cuanto a las necesidades del país.

b.2.2 EVOLUCIÓN DE LA IZQUIERDA

La izquierda, por su parte, enfrenta dos problemas cuyas consecuencias –de fuerte carga emocional– también influyen en la reflexión sobre una realidad cambiante.

El primero consiste –como ya ha sido dicho– en la desaparición del socialismo real.

Mientras este existía y había logrado reemplazar al capitalismo en una serie de países, el socialismo real era una alternativa autónoma, un sistema hegemónico en sí. La desaparición del socialismo real como producto sus propios problemas internos dejó al capitalismo como único sistema operante. Además resultó ser exitoso desde el punto de vista de su expansión y logros económicos (sus problemas también los conocemos). Con esto, el socialismo volvió a sus orígenes, que era ser respuesta a las consecuencias negativas del capitalismo. Pero al desaparecer el socialismo real como alternativa autónoma de transformación global de la sociedad, pasa a ser el complemento correctivo del capitalismo y no su alternativa. Por lo menos no la alternativa planteada por el antiguo ideario marxista-leninista.

Para cualquier individuo, descubrir que uno de sus objetivos más sentidos no puede ser alcanzado por ser irreal genera primero angustia y posteriormente,

al aceptar que es un deseo que no se pueda realizar, depresión. Una forma de evitar esta secuencia es la negación. En vez de aceptar que el objetivo fue irreal, puede decirse que el problema consistió en que hasta ahora no se había hecho bien y que hay que intentar lo mismo de otra manera. Una forma atenuada de negación es dejar de pensar al respecto y comportarse como si nada hubiera cambiado. La tercera es la denegación, ya descrita, con la consecuencia del enfrentar la nueva situación en forma escindida.

Se agrega un segundo factor que tiene una base enteramente emocional: la derrota que significó el golpe mismo.

Esta derrota dejó trunco un proyecto que estaba en plena evolución. Es natural que sus actores perseveraran en la convicción de que este proyecto debía ser retomado tras el derrocamiento de la dictadura. Esto también generó una ambigüedad en cuanto al concepto de “transición”. ¿Transición a qué? Desde luego a la democracia, pero formalmente esta ya se había alcanzado con la primera elección presidencial posdictadura. Entonces, ¿cuándo la democracia dejaba de ser formal y pasaba a ser real? El modelo económico heredado de la dictadura era visto como una persistencia de la dictadura misma. Entonces la transición solo se acabaría con el reemplazo del modelo por otro. ¿Cuál? Ahí es donde –sin ser expuesto ni considerado viable explícitamente– aparece el proyecto trunco de la Unidad Popular como referente emocional. Para unos como anhelo, para otros como fantasma. La persistencia de estos anhelos ata al pasado, actúa como barrera a la aceptación de cambios y termina contribuyendo a fortalecer una actitud fuertemente conservadora en la izquierda chilena. El proyecto de la Unidad Popular estaba inscrito en el aún existente proyecto del socialismo real, ahora desaparecido.

La desaparición del socialismo real se tradujo en un conflicto para la identidad de la izquierda chilena de origen marxista. Lo que pareciera haberse producido en consecuencia de esto, es una escisión del self corporativo (la base de la identidad) de los partidos de raigambre socialista en el mismo sentido explicado anteriormente: por una parte se aceptaba esta desaparición, por la otra se actuaba como si no hubiera sucedido. Dentro de sectores de la izquierda surgen críticas en contra de los que no serían verdaderamente de izquierda, de la cual se habrían desviado. Esta verdadera izquierda, cuyo núcleo permanece en la obscuridad, se erige en una supuesta entidad ética, que condena a todos los que se alejan de una verdad que no se define. El sector más extremo actúa desde la periferia, influyendo sobre los demás. Paralelamente persiste un sector que actúa en la práctica, relacionado con la realidad, pero

aún determinado por los objetivos de la antigua identidad corporativa. Sin embargo, surge un programa, que en su conjunto interpreta las aspiraciones de la mayoría, pero en cuya puesta en práctica produce reacciones de rechazo.

La incongruencia entre ambos aspectos, acuerdo con las reformas y rechazo a lo que aparece en la práctica, hace pensar en que algo en el proyecto resultó incongruente.

El proyecto de la Unidad Popular era congruente con su objetivo: substituir la relaciones de producción capitalistas por un proyecto basado en el socialismo real, con expropiación de los medios de producción en manos privadas, traspasándolas a un Estado controlado por la clase trabajadora, transformándolas por esta vía en propiedad social. Estaba claro que en estas condiciones el empresario privado era el enemigo de clase y el nuevo modelo estaba en contradicción antagónica con el modelo capitalista.

Si esta meta –anclada en el socialismo real– deja de ser el objetivo explícito, pero no es sustituido por otro a través de un proceso de reflexión y de la reformulación de la izquierda, sus acciones corren el peligro de transformarse en incongruentes.

En el proyecto de la nueva mayoría (que se ve a sí misma como una superación de la “Vieja Concertación”) estuvo ausente tanto un programa de expansión de la producción en general como su inserción en un cambiante contexto internacional. En el diseño del proyecto país por lo tanto tampoco estuvo presente el empresario privado, responsable de la generación de la mayor parte de recursos y empleos de la nación. El único rol que parece haberle sido asignado fue el del aporte económico vía impuestos. Al comienzo la actitud hacia la empresa privada fue hostil. La productividad solo apareció en la agenda en forma reactiva, al hacerse evidente su declinación (por los factores que fuese). Otro elemento de incongruencia es una reforma educativa basada fundamentalmente en la redistribución del financiamiento de los costos de ella y sin mayor reformulación de los proyectos educativos y su conexión con las necesidades del país. Con la proliferación de universidades privadas, que privilegiaron carreras de más bajo costo para ellas, se perdió completamente la proporción entre los profesionales que el país necesita y los que las universidades producen, con la consecuente cadena de frustraciones con que una serie de profesionales se encuentran tras su egreso.

Aun cuando cada una de las reformas en ejecución sea percibida como necesaria, el alto grado de rechazo el gobierno no parece depender de la aceptación o no de cada una de estas reformas en lo específico, sino de

una apreciación más global, de que el conjunto de las acciones del gobierno no está en sintonía con el sentir colectivo. Con la ausencia del sentimiento de que se vaya en la dirección deseada, aparece una sensación de detención del proceso evolutivo el país y al no restablecerse la sintonía con la polis, aparece una sensación de exclusión con respecto al mundo político manifestado en distanciamiento y desinterés.

Las reformas mismas son encaradas con cierto grado de perplejidad. De hecho, en las últimas encuestas algunas reformas presentan mayor aprobación que el gobierno, sus instituciones y el mundo político general. Las reformas parecen ser deseadas, pero no entusiasman.

La aparición de incongruencias dentro de la izquierda es antigua. Su primera manifestación tuvo lugar al encargar el plebiscito, aquel plebiscito en que ganó el “no” y terminó con la dictadura de Pinochet. Hasta ese momento, dentro de las organizaciones de izquierda persistía mayoritariamente la adherencia al marxismo en su versión leninista y el apoyo al modelo soviético y cubano. El plebiscito coincidió con el derrumbe del socialismo real, al desaparecer la Unión Soviética y caer el muro de Berlín. La estrategia de la izquierda siguió siendo hasta ese momento insurreccional y contraria a cambios negociados. Frente a la posibilidad real del triunfo del no y –a más tardar– después de ese triunfo, la izquierda se realineó tras un candidato demócratacristiano y participó de pleno en el cambio negociado. Sin embargo, la práctica política no llevó a una reformulación de sus bases ideológicas ni de su identidad corporativa. Las consecuencias de la desaparición del socialismo real para la evolución política del mundo tampoco se expresaron en una reflexión sobre ellas. Nos encontramos con una nueva denegación y una escisión de la identidad de la izquierda: acción política realista por un lado y persistencia de la antigua base ideológica por otro. Esta división en dos realidades paralelas sufrió el destino de la escisión del yo descrito por Freud: co-existencia, sin entrar en diálogo. Cada una de las partes ignoraba a la otra. Al quedar excluido de un diálogo reflexivo, la antigua identidad marxista quedó puesta en una especie de refrigerador, conservada en frío. Su persistencia se manifestaba en la constante disconformidad con la concertación, a pesar de los éxitos de ella y terminó por declararla muerta con el nacimiento de la “Nueva Mayoría”.

Las antiguas aspiraciones, conservadas subterráneamente, excluidas de un diálogo con el cambio histórico, resurgieron, pero ya deslavadas por el paso del tiempo y reincorporadas a un contexto que no las reconocía como suyas.

La desaparición de las ideologías y la falta de compromiso emocional de la polis con los antiguos idearios políticos tiene otras consecuencias, que van más allá de producir un simple desinterés por la política, y que se infiltra retroactivamente dentro de la política misma. Una propuesta política no representa un valor en sí. Solo es evaluable dentro de su contexto social y momento histórico. Lo que puede haber movilizado profundamente a la polis en un momento histórico le puede resultar absolutamente ajeno en el siguiente. Desaparecida la carga emocional de su capacidad de convocatoria y de movilización de una propuesta, esta tiende a transformarse –a falta de una real sintonía con la nueva realidad– en un mero esquema vacío de contenido. Ya mencionamos la oposición entre contenido (el ideario) y proceso (lucha por el poder) de los partidos políticos. Cuando el ideario se debilita por haberse vuelto anacrónico, y ya no corresponde a los problemas del momento actual, también pierde la capacidad de unificar a la dirigencia política con la ciudadanía en una relación de compromiso mutuo. De alguna manera, la dirigencia política percibe que los objetivos, que originalmente estaban al servicio del bien común, se han difuminado. Aparece el peligro de que los remanentes de este antiguo ideario comiencen entonces a ser usados por los políticos en beneficio propio, principalmente con fines de asegurar su lugar en las estructuras de poder. Son usados con esos fines mientras sirvan y desechados cuando ya no sirven. Al haberse perdido los principios que guiaban la acción, el compromiso da lugar al oportunismo.

c. Estructura

La evolución de todo conflicto va a depender de la solidez de la estructura dentro de la cual tienen lugar. Esto vale tanto para la capacidad de la estructura de personalidad individual, capaz de lidiar con sus propios conflictos, como para la solidez de las estructuras de las sociedades. Una estructura sólida posee tanto la capacidad de enfrentarse exitosamente a los conflictos, conservando la continuidad consigo misma, así como la flexibilidad necesaria para incorporar los cambios que demanda la evolución histórica de la realidad social.

Ejemplos de estructuras sociales que no logran cumplir con estos requisitos abundan. Fracasan por ser demasiado blandas o ser demasiado rígidas. Estructuras

blandas son aquellas en que el diseño formal, oficial, coexiste con estructuras de poder informales, que se imponen en el ejercicio del poder, lo que solo es posible con un alto grado de corrupción. Poseen la ventaja de tener un grado de flexibilidad que les permite una larga persistencia, pero generan naciones que navegan al borde de transformarse en Estados fallidos. En América Latina no faltan ejemplos. Por otro lado, estructuras excesivamente sólidas, que fallan en adaptarse a los cambios, terminan en el quiebre, generando crisis sociales a veces incontrolables, dando lugar a nuevas estructuras compensatoriamente ultra rígidas o a fragmentaciones caóticas. Ejemplos de estructuras compensatorias ultra rígidas son la revolución francesa en la época del terror bajo Robespierre, y la Unión Soviética bajo Stalin. Un ejemplo actual de estructuras fallidas es lo que ha ocurrido en el mundo árabe, con la fragmentación y el fundamentalismo, en aparición simultánea.

Chile cuenta con una estructura relativamente sólida, absolutamente ajena a estos ejemplos. Se manifiesta capacitada de absorber cambios, adaptarse a ellos y mantener la identidad consigo misma en forma estable. En este sentido también es capaz de absorber una secuencia basada en ensayo y error, siempre que esta no se prolongue.

Aunque se hable persistentemente de la necesidad de nuevos liderazgos, todos los que han surgido se presentan aún en una etapa infantil de su desarrollo. Persiste la prevalencia de la focalización en el proceso de los posicionamientos en desmedro de los contenidos que ofrecen. Estos últimos, o son poco coherentes o no convencen. Frente a esta confusión, en cuanto al diseño del futuro, que por el momento no muestra signos claros de ordenamiento, se manifiesta una tendencia a recurrir a antiguos liderazgos, que permitan estabilizar la estructura para posibilitarles más adelante, a estas nuevas generaciones, encontrar su camino.

El desafío que se le presenta a cualquiera de los antiguos liderazgos, sigue siendo el que se ha intentado destacar anteriormente: la situación que van a enfrentar no va a ser la misma de antes, su representación simbólica va a ser otra, por lo cual antiguos liderazgos solo pueden ser exitosos no siendo los mismos, sino otros, coherentes con el nuevo contexto.

Haec sunt viae meae a cogitationibus, et scripsi ad finem.
(Con esto terminé de escribir lo que se me ha ocurrido)